

TREGUA EN LA CAMPAÑA

Conferencia de los emisarios rifeños con Marina

El general en jefe fija las condiciones para la paz.—Los moros, después de conocerlas, no se atreven á tratar.—Marina los despide y les señala un plazo improrrogable.

Los enviados de las kabilas Esperando.

MELILLA. (Depositado en Melilla á las 3,25 de la tarde y recibido en esta Redacción á las 3,10 de la madrugada.) Desde ayer se supo que las fracciones de las kabilas de Benisicar, Frajana, Mazza, Mezquita y otras, habían ofrecido enviar una embajada para conferenciar con el general Marina.

La embajada debían completarla los representantes de cada una de las cinco fracciones que constituyen la provincia de Guelaya.

Desde primeras horas de la madrugada se vieron fuerzas de la Guardia Civil que custodiaban la carretera, cubriendo todo el camino que había de recorrer la embajada.

El general Real, con una fuerte escolta, salió á esperar á los embajadores, situándose en el cerro de Mariguari.

Mucho público salió á las calles para esperar á los moros.

El general Marina los aguardaba en la Comandancia general.

Se suponía que los moros entrarían en la plaza á las once de la mañana; pero no fué así.

Como entre los enviados se sabía que habían de venir muchos moros conocidos en esta plaza, la curiosidad era mayor.

Todos los balcones y todas las azoteas estaban llenas de gente.

La llegada.

MELILLA 12 (3,25 tarde; recibido en esta Redacción á las 3,25 de la madrugada del 13). Llegaron los comisionados de las kabilas para gestionar la paz. En los límites dejaron las caballerías y las armas, y desde allí hasta la plaza vinieron escoltados por fuerzas de Caballería.

En el interior de la ciudad fuerzas de la Guardia Civil á pie formaban un cordón para impedir que los moros fueran agredidos, cosa que era de esperar, por la repugnancia que inspiran.

A su paso la gente se agolpaba en las aceras, deseando verlos.

Se dirigieron á la Comandancia general, donde estaba congregada la plana mayor del Ejército con el general en jefe.

Los comisionados son 32, y corresponden á otras tantas fracciones de las kabilas próximas, especialmente de la de Guelaya y del campo de Alhucemas.

Desde el primer momento pudo observarse que no venía ninguno de los jefes caracterizados de la «sharka», cosa que hizo pensar á muchos en una nueva estratagema de los moros.

La conferencia.

En la Comandancia general, los titulados embajadores, que ofrecen aspecto repugnante por su suciedad y el estado de sus vestiduras, esperaron algunos minutos.

El intérprete los introdujo en el despacho del general Marina, y allí permanecieron cerca de una hora.

Parece, aunque sobre todo ello se guarda gran reserva, que el general Marina les expuso las condiciones de paz y que entonces los rebeldes, para no comprometerse demasiado, manifestaron que ellos no eran káides, sino simplemente cabos de kabila, no pudiendo, por esta razón, adoptar acuerdo alguno.

Entonces el comandante en jefe se mostró enérgico, diciéndoles que debían de haber venido los jefes para tratar con él y que aun podían hacerlo el martes ó el miércoles, pues ese es el plazo que para entablar las negociaciones se les concede.

El regreso á los adueros.

Los moros salieron muy abatidos de la Comandancia, cruzando las calles de Melilla entre soldados de Infantería, lanceros de la Reina y jinetes del regimiento de Alfonso XII. Además, iban custodiados por individuos de la Policía indígena.

No es posible describir la impresión que estos ridículos embajadores han producido en la plaza.

Entre ellos figuran muchos que hasta el comienzo de la guerra se dedicaban á vender y á comprar para el tráfico con los kabileños, y algunos tienen motes tan populares como los de «Carachucha», «Titán», «Cucaracha», etc.

Casi todos los emisarios vienen descalzos, con las chilabas sucias y rotas, y con un olor poco agradable.

Todo el mundo esperaba una brillante comitiva, y al verse que los enviados entraban y salían á pie, y en igual forma que los prisioneros, se produjo un gran desencanto.

No han ocurrido incidentes, aparte de los naturales incidentes cómicos.

Algunos moros venían temerosos de que les ocurrieran percances graves, y han manifestado que emprendieron el viaje obligados por los jefes de las kabilas, que los amenazaban con fuertes castigos.

Nueva Embajada.

Se cree que hasta el lunes no vendrá la nueva Embajada.

El Bachir presenció impasible, desde una

ventana de la casa donde se aloja, la entrada y salida de los emisarios.

En las posiciones no ocurre novedad. Dos de los moros del séquito del Bachir, que ayer se quedaron en el campo con el pretexto de explorar el ánimo de los kabileños, no han regresado.

Se cree que quedaron en rehenes, como garantía de que los emisarios enviados hoy á esta plaza no sufrirán perjuicio alguno.

RODRIGUEZ DE CELIS.

Es posible que se haya suprimido la censura y que estemos ya viviendo en el mejor de los mundos.

En lo que al servicio telegráfico se refiere, nosotros no lo hemos notado.

El retraso sigue siendo escandaloso.

Telegramas depositados en Melilla por nuestros redactores á las cinco de la tarde, empiezan á llegar á nuestra redacción á las tres de la madrugada.

Y esto ocurre todos los días.

Del Peñón

(POR CORREO)

(DE LA AGENCIA FABRA)

El «Sevilla».— Los emisarios kabileños. El «Carlos V» á la vista.

PEÑÓN 5 de noviembre de 1909. Continuarán en estos días las conferencias con los «Jametes» y veremos aún lo que durarán, porque bien conocida es la poca prisa que se dan para cuanto hacen. La tranquilidad es inalterable desde el 25 de octubre.

El 31 por la mañana llegó, procedente de Melilla, el vapor correo «Sevilla», que, informado por un bote de la plaza, entró en el fondeadero según solía efectuarlo hasta que surgieron los acontecimientos de julio. Al mismo tiempo que nos abastecía de agua, se desembarcaban los materiales y artículos que traía á bordo, pudiéndose ultimar con brevedad todas las operaciones en atención á la escasísima distancia que habían de recorrer las lanchas hasta el muelle de la cadena.

Llenado su cometido zarpó el «Sevilla» para Alhucemas, incorporándose al «Extremadura» que vino escoltándole y que no penetró en el «freu» aguardando sobre la máquina y agua afuera á que terminase el vapor correo. Este nos dejó, entre otras cosas, 700 hectolitros de agua, que buena falta nos hacía, pues ya iba escaseando dicho precioso líquido y, en consecuencia de lo cual, se suministraba hacia días por ración.

Varios rifeños presenciaron desde el campo todo lo anterior sin que se mostraran sorprendidos ni intentaran hacer ademán hostil de ningún género. En la tarde del mismo día vieron cruzar algunos jinetes por la avenida de Alhucemas, suponiéndose que dichos viajes tengan relación con la paz.

El día 1 vinieron nuevamente los que formaban la última Comisión, trayendo también la representación de la kabila de Tufist, á más de la de Bocoia que es la suya, y haciendo presente al comandante militar que, según se presentan las cosas en el campo, creen un hecho que los kabileños aceptarían las condiciones impuestas por España y las cuales cumplirán de buen grado, pues su mayor deseo es que vuelva el «statu quo ante bellum».

También notificaron los emisarios que el domingo se reunirán en la feria de Bocoia las kabilas de Tufist, Beninfráh y Bocoia, acordando entonces el día en que haya de tener efecto el acto solemne de llenar las condiciones que se les exigen, á fin de que se les pueda otorgar el perdón del agravio inferido á España en esta plaza.

Marcharon después al campo, contentos, indicando que era seguro vinieran á la plaza al día siguiente los representantes de Las Torres (Beninfrac) como efectivamente lo verificaron en la tarde del 2, acompañándose algunos de Bocoia. Todos ellos conferenciaron, acto seguido, con esta autoridad, mostrando grande optimismo en sus manifestaciones, y confirmando que pronto será una realidad la paz en las condiciones consiguientes, y añadiendo que están tan decididos á obtenerla que, aun cuando de la plaza se les hiciera fuego, ellos han acordado no variar de actitud, habiéndose pregonado grandes multas para el que hostilice al Peñón.

Como no es fácil hablar con ellos, y sobre las negociaciones guardase reserva, me es imposible dar detalles más amplios. Reina aquí, como es natural, curiosidad por conocerlos y juzgar las condiciones en que vamos á quedar con estas gentes, pues la cosa es de mirar, por cuanto no hay personalidades notables en estas cercanías, siendo unos tanto como otros, si se atiende al carácter independiente de los rifeños y á su falta de cohesión. Es de esperar que la superioridad, teniendo en cuenta estas circunstancias, procure mejorar nuestra situación futura con relación á estos salvajes.

Los días 3 y 4 continuaron tranquilamente, sólo este último nos llevamos un sobresalto, si así puede llamarse, pues vimos aparecer al «Carlos V», nada menos.

Después de comunicar con la plaza con se-

ñales de banderas, salió de aquí un bote tripulado por la compañía de Mar; pero tuvo que regresar sin acercarse al buque mencionado, por el mal estado del mar, visto lo cual, partió el «Carlos V» con rumbo á Levante.

Hoy 5 continuamos en la misma forma. Reina completa tranquilidad. Vense los indígenas divagar por las cercanías. Aquí se hace vida normal, relativamente, y esperamos el momento de que la situación actual se aclare.

Noticias oficiales

Del «Diario Oficial del Ministerio de la Guerra»:

Destinos.

Ha sido destinado á la primera brigada de Cazadores el comandante del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército D. Rafael Torres Marvá, actualmente destinado en la Capitanía general de la segunda región, en plaza de categoría inferior, y en comisión en la expresada brigada.

Se ha dispuesto que el capitán de Infantería de la reserva de Tineo, núm. 103, D. Salvador Foronda González, destinado á las órdenes del general en jefe del ejército de operaciones por real orden de 28 de octubre último (D. O. núm. 245), cause alta en el batallón cazadores de Madrid, núm. 2.

MATERIAL DE HOSPITALES

Excmo. Sr.: Por conveniencia del servicio, el Rey (q. D. g.) ha tenido á bien disponer que por el Parque administrativo del material de hospitales de esta corte se remesen con urgencia al hospital militar de Melilla, y con la aplicación que se manifiesta, las ropas y efectos que se citan á continuación, verificándose el transporte por cuenta del Estado y con cargo al capítulo 10, art. 4.º del vigente presupuesto de este departamento.

De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y demás efectos.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid 11 de noviembre de 1909.—Luque.

Remesas.

Para la clínica de oficiales establecida en el barracón hospital del Buen Acuerdo de Melilla:

Ropa de oficial.—Sábanas, 150; cabezales, 94; fundas de idem, 75; mantas, 120; colchas, 33; telas de colchón, 54.

Ropa de tropa.—Lonetas, 54; servilletas, 80; manteles, 2; camas «Mercadal», 40.

Lana para colchón de oficial, 912 kilogramos.

Para las barracas que componen el hospital Docker de Melilla:

Sábanas, 1.200; cabezales, 466; fundas, 1.200; mantas blancas, 600; cubrecamas, 266; colchones hechos, 266; lonetas, 266; camisetas, 600; gorros, 200; capotes, 100; servilletas, 400; manteles, 10; delantales, 66; camas «Mercadal», 200; calzoncillos, 600; zapatillas (pares), 200.

Lana para cabezales, 560 kilogramos.

Lo que quieren los rifeños

Entrevista interesante.

A título de información publicamos las siguientes noticias, que inserta «El Anunciador», diario de Gibraltar:

«Hace días llaman la atención en Gibraltar varios moros rifeños, que han venido aquí seguramente á evacuar alguna diligencia relacionada con asuntos ó negocios particulares. Son gentes de aspecto bravo, enjutos de carnes, pero fuertes y musculosos, y no parecen, una vez que se habla con ellos, tan feroces y salvajes como se les pinta.

Hablan el idioma español con bastante claridad. Se hacen entender y comprenden cuando se les dice. Casi en broma y por curiosidad, más que otra cosa, pues no creíamos estarían estos moros en condiciones de aportar dato alguno de valor en el esclarecimiento del problema rifeño, decidimos celebrar una entrevista con ellos, y confesamos haber sufrido un solemne chasco, pues nuestros interlocutores parecían perfectamente estar al tanto de lo que en Melilla ocurre, de las negociaciones que se llevan á cabo y de las verdaderas exigencias de los moros.

Los enviados del Sultán, según nuestros entrevistados, no adelantaron un paso en sus gestiones. Los rifeños no se someterán, y exigen, como condición «sine qua non» para cesar las hostilidades:

1.º Indemnización de veinte millones de pesetas, que es la suma que Muley Hassan satisfizo á España después de la guerra del año 1860.

2.º Restitución de todos los territorios cedidos entonces como ampliación á las plazas españolas de Africa.

3.º Nombramiento de un representante rifeño, que en las diversas posesiones de España en el Rif, defienda los intereses de los kabileños.

Nuestros lectores podrán juzgar de la importancia de estas declaraciones, y el Gobierno español de su mayor ó menor exactitud. Tal como á nosotros nos las han comunicado, han sido hechas al kaid El-Bashir, por los

rifeños, quienes, si hemos de creer á nuestros entrevistados, han agregado algo que tampoco deja de tener trascendencia.

«Si el Sultán—han dicho—quiere ayudarnos materialmente en la tarea que nos hemos impuesto, se lo agradeceremos; pero que no intente siquiera hacernos desistir de nuestra actitud, porque sería inútil. Nos bastamos y nos sobramos para España y para él, juntos ó separados, y si no, el tiempo dirá.

Si quieren las minas, que manden acémilas, y nosotros las cargaremos una vez puestos de acuerdo respecto á lo que han de pagarnos. Las minas son nuestras, y no estamos dispuestos á dejárnoslas arrebatar porque sabemos lo que valen.»

Nuestros interlocutores hablaban con acento de sinceridad, y no parecían querer tomar el pelo, como en algunos momentos llegamos á creer.

Si hay algo de verdad en sus manifestaciones, el tiempo se encargará de decirlo. Hoy por hoy, sólo el Gobierno español y los emisarios del Sultán se hallan en situación de juzgar de la veracidad de nuestros informantes.»

Movimiento de buques

Travesía accidentada.—Llegada del «Bastian».

MALAGA. (Viernes, noche.) Acaba de fondear el «Sevilla», trayendo el correo y algún pasaje.

Ayer se hallaba en Chafarinas, y viendo que todos los buques que estaban en Melilla se refugiaban allí huyendo del temporal, dejando incommunicada la plaza, decidió acercarse á Melilla y recoger el correo, como así lo hizo.

Después se refugió detrás del cabo de Tres Forcas, aguardando á que calmara el Levante; pero viendo que no cesaba se vino á Málaga.

Elógiase mucho todas estas maniobras realizadas por el peritísimo capitán del vapor «Sevilla», D. Onofre Bachs.

También ha fondeado el vapor alemán «Bastian», procedente de Hamburgo, trayendo el resto del hospital móvil.

Heridos y enfermos

CADIZ. (Viernes, noche.) En el Hospital Militar ha sido dado de alta el soldado Eliseo Gallego Ramos, perteneciente al regimiento de Guipúzcoa.

Odisea de un soldado.

CADIZ. (Viernes, noche.) Ha llegado á Chiclana, procedente de Melilla, el soldado del batallón de Cazadores de Segorbe, Miguel Mariscal, que viene enfermo.

Se presentó en el Ayuntamiento en un estado lastimoso, por haber hecho á pie el viaje desde San Fernando, en donde dice que no recibió socorro alguno.

Al llegar á Melilla tuvo fiebre, pasó al Hospital Militar y después al de Málaga.

Pidiendo limosna ha hecho el viaje hasta Chiclana, en donde le reconoció un médico, apreciándole alta fiebre.

El secretario del Ayuntamiento, D. Carlos Soto, le socorrió con 10 pesetas de su bolsillo particular.

El abandono sufrido por el desdichado Miguel Mariscal ha causado gran indignación en el vecindario.

Visitas del obispo.

CADIZ. (Viernes, noche.) El obispo de esta diócesis, Sr. Rancés, ha estado hoy en el Hospital de San Juan de Dios visitando á los soldados heridos en la campaña.

Conversó breve rato con ellos, y para todos tuvo frases de consuelo y esperanza.

Felicitó calurosamente al soldado Millán, que ha sido propuesto, por su comportamiento, para la cruz laureada de San Fernando, é hizo varios regalos á los heridos.

Antes había estado el prelado en el Hospital establecido en la Cámara de Comercio.

Le esperaban el presidente y varios vocales, que le acompañaron en su visita á los heridos.

El obispo habló con éstos, dándoles la enhorabuena por la mejoría, y felicitándoles á la vez por pertenecer al Ejército español, siempre heroico.

Estas frases produjeron gran entusiasmo en cuantos las oyeron.

Después repartió su ilustrísima escapularios, medallas y cajetillas de cigarrillos, y dió las gracias y felicitó, al mismo tiempo, al presidente de la Cámara de Comercio, por las buenas condiciones que reúne el Hospital, donde además del lujo en el existente, están cariñosos y perfectamente atendidos los defensores de la patria.

Al retirarse el obispo fué vitoreado.

Altas en el hospital.

VALENCIA. (Viernes, noche.) En el hospital de la Cruz Roja han sido dados de alta los soldados Eloy González, Mauricio Gimeno, Francisco Tiro, Vicente Vidal, Manuel Ambuig, Evaristo Franco, Lorenzo Domingo, Federico Rubio, Emilio Chinchilla y Félix López.

En breve marcharán á Melilla, llevando 2.200 capotes con destino á aquellas fuerzas, los tenientes Quintero, Correa y Pascual.

BIBLIOGRAFÍA MILITAR

Calbo de Rozas.—Asepsia y antiseptia en el campo de batalla.

Asuntos de gran interés, temas de palpitante actualidad, han embargado la atención pública durante los últimos meses, no permitiendo comentar y ensalzar como se merece la fecunda labor realizada por los intelectuales del Ejército.

Es verdad que el problema de Marruecos y las operaciones heroica y brillantemente llevadas á cabo por nuestras tropas han merecido justamente el estudio y la observación de los encariñados con las cuestiones militares; pero justo es también presentar ante el público el sazonado fruto de útiles y perennes trabajos que redundan siempre en beneficio y provecho de las santas instituciones armadas.

Sobre mi mesa de trabajo hay muchos libros de carácter militar ó que con el Ejército se relacionan. Todos ellos suponen una labor ardua y difícil, mereciendo al menos algunas líneas que sirvan aunque no sea más que de acuse de recibo.

A tres de ellos hemos de referirnos hoy: primero, el que lleva por título «El intendente del primer Sitio de Zaragoza Calbo de Rozas», original del ilustrado comisario de Guerra D. Augusto C. de Santiago Gadea, y los otros dos referentes á cuestiones sanitarias en su relación con el Ejército y de los que son autores los doctores Pérez Ortiz y Van-Baumberghen, subinspector de segunda clase y médico primero, respectivamente, del brillante Cuerpo de Sanidad Militar.

Santiago Gadea es un trabajador infatigable, un patriota entusiasta, una voluntad de hierro. Sin alharacas, sin vociferancias, sin aspirar á premio de ninguna clase, ni menos á lucro de ningún género, realiza una labor tan hondamente patriótica y tan eficazmente militarista, que sólo el tiempo hará ver sus útiles y convenientísimos efectos en orden á la educación nacional. El, no sólo ha estudiado á fondo temas militares interesantísimos, como la guerra entre Inglaterra y el Transvaal, y ha puesto de relieve las glorias de la Administración militar española, sacando del panteón del olvido figuras sobresalientes que honran á dicho Cuerpo y son gala y orgullo de la historia patria; no sólo ha tenido tiempo para mantener y defender en la Prensa y en el libro derechos que debían ser indiscutibles y propios de los Cuerpos mal llamados auxiliares del Ejército, sino que también ha ido hasta el interior del cuartel con su «Alfabeto» y libro de lecturas del soldado y hasta la última aldea española con su catecismo patriótico «La jura de la bandera», para que sirva de norma en la educación patriótica de la niñez y en la preparación de las generaciones futuras para la gran obra de la defensa de la integridad y del honor de España y del afianzamiento de la paz y el orden público.

Santiago Gadea, después de presentarnos en un folleto anterior las figuras de los funcionarios administrativo-militares «Almirante y Rojo», compañeros de Daouz, Velarde y Ruiz en la heroica epopeya del Dos de Mayo de 1908, sale á la palestra nuevamente con un libro detallado, concienzudo, plebiscitario de datos y notas interesantes, en el que aparece en toda su grandiosidad la magna obra realizada durante el primer Sitio de Zaragoza por el activo é ilustre intendente Calbo de Rozas.

En las doscientas ochenta y cuatro páginas de que consta el trabajo del distinguido comisario de guerra admirase una vez más el hermoso heroísmo aragonés y apréciase cuán importante fué la obra realizada en momentos críticos por el patriota intendente, que, en ausencia del ínclito Palafox, supo, con soberana inteligencia, con tacto exquisito, con valor indomable, coordinar fuerza, adoptar medidas de previsión y defensa, contener impetus imprudentes, utilizar actividades energéticas y, en fin, contribuir de modo portentoso á la gloria que para España alcanzó Aragón en el memorable mes de junio de 1808.

Con razón todos los historiadores consagran especial atención á la obra y la figura del intendente Calbo de Rozas, y con justicia se encuentran alabanzas para ella en los estudios de Toreno, Rodríguez Landeyra, Galiay, Blázquez, Marvá, Rodríguez Solís, Menéndez Pelayo, Gebhart y tantos otros escritores de los que han profundizado en el estudio del alma aragonesa y del espíritu que informó la titánica labor realizada por España á principios del siglo XIX.

Santiago Gadea, después de analizar á Calbo de Rozas durante el primer sitio de Zaragoza, estudia al ilustre intendente como político y como patriota, considerándole como baluarte y defensor de las libertades patrias, ya desde la cima del Poder, dejando oír su voz en momentos inolvidables, ya perseguido y atropellado tan sólo por «el enorme delito» de ser patriota sincero y adalid brioso y franco de los derechos que á la personalidad humana han otorgado la civilización y el progreso.

Algo más, y por cierto importante, contiene la obra última de Santiago Gadea. Y es la

CRÍMENES SENSACIONALES

El proceso Steinheil

LA SESION DE AYER Sigue el acusador.

PARIS. (Viernes, tarde.) Resulta, pues, de las declaraciones...

Estallan en la sala fuertes murmullos de reprobación. Transcurrido el incidente, vuelve el letrado...

Retorna a insistir en las falsas acusaciones lanzadas por la procesada, y exclama dirigiéndosele: «¿Cómo se explicaría ese encarnizamiento contra inocentes...?»

Admitamos por un momento que fuera cierta esta hipótesis: ¿os explicáis, entonces, señores jurados, que los asesinos respetaran la vida de Mme. Steinheil?...

Se ha dicho también que la acusada estaba realmente enferma; no tengo inconveniente en admitirlo, porque después de haber matado a su marido...

El abogado fiscal habla después de los detalles observados en el dormitorio donde fue encontrada, al describirse el crimen, madame Steinheil, y dice que si el péndulo del reloj de la consola fue detenido...

Mme. Steinheil da muestras de estar sumamente excitada y en su semblante se dibujan de continuo gestos que revelan su cólera y su desesperación.

Ha quedado perfectamente demostrado durante la instrucción del proceso y ante este Tribunal que no podía robarse nada de casa de la acusada, porque en ella no había nada que robar...

Nuevamente el acusador trata de la indiferencia de que ha dado pruebas la acusada ante un crimen que venía a arrebatarse dos seres tan allegados y tan obligados a su cariño...

En el auditorio se producen rumores encontrados, que revelan las pasiones que levanta la acusación fiscal.

Usted llevó a su madre a su propia casa—dice el acusador encarándose con Mme. Stein-

heil,—porque no creyó jamás que para matar a su esposo había de ser necesario matar a su madre también. La llevó usted porque, premeditado el crimen, creyó que su madre ligada sería también una prueba más para escapar a las pesquisas judiciales...

Concebido así el plan, introdujo usted en la casa a un cómplice, hombre ó mujer, para matar a su esposo...

Mme. Steinheil interrumpe gritando desesperada.—Pero ¿a quién? ¿A quién? ¡Dígame usted!

En estos momentos el auditorio da muestras de una gran agitación. La procesada sigue gritando hasta que la gra calma su abogado, M. Antony-Aubin.

Restablecida la tranquilidad, dice el procurador de la República:

Si las personas a quienes he aludido no han sido detenidas es porque no se ha podido aportar contra ellas las pruebas suficientes para establecer culpabilidad.

Suenan en la sala algunas exclamaciones de sorpresa que el público no ha podido reprimir al escuchar la afirmación del fiscal.

He comenzado—dice entonces M. Trouard—por dudar de la culpabilidad de la acusada, porque la misma repugnancia del crimen alejaba la sospecha; pero, poco a poco, ayudado por la reflexión, he ido construyendo la personalidad moral de esta mujer...

En consecuencia, solicito, pues, señores jurados, que deis un veredicto afirmativo, y que aceptéis la responsabilidad de una condena con la misma entereza que yo acepto la responsabilidad de la acusación.

En los tiempos actuales suele evocarse, con gran frecuencia, el espectro del error judicial; se evocará también ahora, no lo dudo, pero pensad en los peligros a los que conduciría la adopción de este «parti pris»...

Ha terminado su informe M. Trouard. El auditorio no puede contener más tiempo su agitación. En medio de los murmullos se oye la voz de M. Antony-Aubin.

Defensor.—Señor procurador de la República: al hablar de cómplices, ¿se refería usted a Marieta ó Alejandro Wolff?

El abogado público no contesta a la pregunta del defensor. Este incidente desata las pasiones en el público y se producen en la sala manifestaciones tumultuosas.

El presidente trata de imponer orden, y en vista de que no lo consigue, manda expulsar del local a los manifestantes. Momentos después se levanta la sesión.

Mañana informará el letrado defensor, M. Antony-Aubin.

LA SESION DE HOY

PARIS. La animación es extraordinaria. La sala está completamente llena. Entra madame Steinheil muy fatigada y su aspecto revela el mayor abatimiento.

Abierta la audiencia a las doce y cuarto, el presidente del Jurado no ha comparecido y uno de los jurados manifiesta que está ligeramente enfermo y que hoy habrá tenido que guardar cama.

El procurador general pide que se telefonee a casa del presidente del Jurado para informarse de si puede hoy venir ó no al juicio.

M. Vallés accede a esta petición y la audiencia se suspende por breves momentos para proceder a dicho llamamiento telefónico.

Entretanto madame Steinheil es conducida a la celda de presos del Palacio de Justicia para esperar allí el momento en que la audiencia se reanude.

ANGEL GUERRA.

intelectual del Ejército no cesa y que el amor al estudio y a la profesión patrimonio es de los que visten uniforme. En todos los aspectos de la vida militar se rinde culto al progreso...

ENRIQUE LA-GASCA.

Este diario no pertenece al Trust. Suscripción nacional

Asociación de Señoras, presidida por S. M. la Reina Socorros distribuidos por los gobernadores militares ó por la Guardia Civil a los heridos en la campaña del Rif.

LISTA VIGESIMAPRIMERA

Suma anterior, 99.795 pesetas. Batallón cazadores de Chiclana, núm. 17. Cabo Salvador Guerrero Fernández, 100 pesetas; soldado Miguel Gil Castañedo, 100; idem José Durán Gómez, 40.

Batallón cazadores de Talavera, núm. 18. Sargento Santiago Pérez Morales, 100 pesetas; cabo Joaquín Ríos Agudo, 40; soldado Miguel Bueno Martín, 100; idem Ignacio Abenajar Serna, 100; idem Melitón Bernón Gallego, 100; cabo Rodrigo López Guinós, 100; soldado Francisco Toledo Núñez, 40; idem Alonso Bermejo Corral, 40; idem Alonso Jiménez Sierra, 100; idem Manuel Serrano Valencia, 40.

Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey, número 1.

Soldado Fructuoso Rodella González, 100 pesetas; idem José Muñoz Abregón, 40; idem Eustaquio Jamame Martín, 100; idem Jesús Otero Rodellano, 100; sargento Mariano Fernández, 100; soldado Isidro Norte Mora, 100; idem José Martínez Carrión, 100; idem Eusebio Moreno Marco, 100; idem Segundo Martínez Puerto, 100; idem José de Dios Condo, 100; idem Jacinto Herrero Casado, 100; idem Feliciano Panegas Anglada, 100.

Regimiento de Infantería del Príncipe, núm. 3.

Soldado Constantino García Marina, 100 pesetas; idem Evaristo Sánchez Aisa, 100; idem José Fernández Domínguez, 100; idem José Gelda Cutaña, 100; idem Antonio Fernández y Fernández, 100; idem Manuel Chacón Fernández, 100; idem Celedonio Pérez Lanar, 100; idem Magín Simón Quirozo, 40; idem Bernardino Martín Félix, 100; idem Juan Martín Albaro, 40; idem Ramón López Casté, 100; cabo José Quiza Díez, 100; soldado Luis Castrillón, 100; idem Rosendo Sala Puerto, 100; idem Francisco Villanueva Tomillo, 40.

Suma y sigue, 103.255 pesetas.

Heridos y enfermos en Madrid

En el tren correo de Andalucía llegaron hoy a esta corte los soldados Manuel Cansar Larios, de Wad-Ras; Antonio Galindo, de idem; Cándido Casañer Lecha, de cazadores de Mérida; Graciano Marín Casanova, de cazadores de Mérida; Luis Janes, cazadores de Reus; Angel Martín Breno, regimiento de León; Santos Sanz Gerosillo, cazadores de Barbastro; Juan Puigbar Calle, cazadores de Reus; y Julián Vallanueva Pulluelo, cazadores de Alba de Tormes.

Los dos primeros fueron recogidos por sus familias respectivas y los siete restantes alojados en la hospedería de la cuarta ambulancia de la Cruz Roja (Cabeza, 36).

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA, gracias al constante favor de lectores y anunciantes, es el único periódico de España que publica OCHO GRANDES PAGINAS A DIARIO

biografía de cuantos individuos pertenecientes al cuerpo de Administración Militar se distinguieron en la guerra de la Independencia, apareciendo allí, en el propio Aragón, los intendentes Domínguez y Elola, y los comisarios Gómez, Robledo, Malibrán, Madrid, Ezpeleta, Aranda, Giannini, Portet, López Sobrerías, Lasener, Girón y Comat, y el oficial D. Felipe Arias; en Cataluña, la insignie figura del intendente patriota y soldado Belamendi, de los comisarios Ruiz, Alsina, Bonafos y Mellado, y los contadores Villafuerte y Azaguirre, y en Andalucía el intendente González Carvajal y el oficial Alvarez Mendizábal; en Valencia, el intendente Saenz de Aspíroz y comisario D. Narciso Rubio; en Murcia, el intendente D. Clemente Campos; en Asturias, el comisario D. Fernando Silva; en Extremadura, los intendentes Garay y Rivas y el tesorero Sr. Ovalle, y en Madrid, los comisarios Gallego y Silva y los funcionarios, ya citados, Almira y Rojo.

Como se ve, el trabajo del Sr. Santiago Gadea, aunque consagrado principalmente al gran Calbo de Rozas, es en realidad la historia de cuanto la Administración española supo realizar desde 1808 a 1814, es decir, durante todo el zaroso y brillante período de la Independencia nacional.

De actualidad indudable son las otras dos obras a que hoy consagramos estas líneas, y ambas se refieren a la organización de los servicios sanitarios en campaña, llevando por título la del doctor Pérez Ortiz: «Antisepsia quirúrgica y tratamiento de las lesiones traumáticas en las distintas formaciones sanitarias durante el combate», y la del doctor Van-Baumberghem: «La asepsia y la antisepsia en los campos de batallas».

Reconocido está el doctor Pérez Ortiz como uno de los primeros cirujanos militares españoles. Y sabido es que en su brillante carrera profesional ha realizado operaciones difícilísimas, con un éxito sobresaliente. A un profundo amor al estudio une, por lo tanto, una evitable experiencia, pues si durante la paz ha puesto de relieve su saber en diferentes hospitales militares de España y ahora como director interino del de Carabanchel, en la guerra ha adquirido un caudal de conocimientos prácticos, por su asistencia personal a varias campañas, especialmente a las desarrolladas en la península desde 1873 a 1876.

De ahí la utilidad práctica que resplandece en su obra, dedicada al general Marina, y en la que, después de estudiar las diferentes formaciones sanitarias, analiza la forma y método técnico de la antisepsia en la primera línea ó puesto de socorro, en la ambulancia y en el Hospital de campaña.

Cada uno de estos escalones sanitarios merece serias y atinadas consideraciones y oportunos comentarios por parte del Sr. Pérez Ortiz, quien, fijándose en importantes detalles, trata de coordinar el ideal teórico con las crueles exigencias de la realidad en el combate moderno. Y así, consagra su atención, por lo que se refiere al primer escalón, a la organización de la brigada de camilleros; por lo que se refiere al segundo, al estudio de cuáles son los anestésicos más ventajosos en la práctica de la cirugía militar, y por lo que se refiere al tercero, a la rectificación de apósitos y a las condiciones higiénicas que deben reunir los citados hospitales de campaña.

Por su parte el médico primero D. Agustín Van-Baumberghem nos presenta la Memoria premiada en el Certamen internacional organizado por la Asociación de la Cruz Roja de Zaragoza, estudio lo primeramente el verdadero concepto de las palabras asepsia y antisepsia; después, las causas de infección de las heridas, y, por último, los diferentes procedimientos de desinfección aplicables en el campo de batalla.

En este orden, con un estilo sencillo y claro, el distinguido médico establece la diferencia entre la asepsia, que previene el mal, y la antisepsia, que lo destruye; examina la infección de las heridas por el aire, el suelo y el agua, por contacto y por implantación, y analiza los medios asepticos y antisépticos que se emplean en el campo de operaciones, tanto en lo que se refiere a las condiciones del local donde se realizan las curas, como a las que han de reunir el personal y el instrumental.

Estas son las tres obras a que hoy queremos referirnos; ellas prueban que la labor

(43) Folletón de «La Correspondencia de España»

FORTUNÉ DU-BOISGOBEY

EL TAMBOR DE MONTMIRAIL

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

Los de Infantería, a quienes el capitán llamaba de esta manera, no parecían contar mucho con el apoyo de los dragones.

Se habían detenido a unos cincuenta pasos de las casas, y se veía al general Ricard galopar al frente de los batallones, apenas aclarados.

Los tambores rusos no redoblaban ya, y las descargas habían cesado ya casi completamente.

Era un momento de calma en medio de una tempestad, pero aquel silencio era más aterrador que el estrépito del combate.

Alberto miraba con todos sus ojos, comprendiendo que iba a pasar algo terrible.

De repente resonó una inmensa aclamación en las apretadas filas de los soldados. El general lanzó su caballo delante de la división, que se precipitó en masa sobre la aldea.

Esta vez los redoblados sonidos de la carga francesa estallaron en toda la línea. Los valientes conscriptos volvían a entrar en Marchais á tambor batiente.

Esto fué corto y decisivo. Se disparaba muy poco. La culata y la

bayoneta hacían silenciosamente su sangrienta obra.

Después de diez minutos de furiosa lucha, los rusos empezaron a bajar la cuesta en desorden.

Este era el momento en que los esperaban nuestros artilleros.

Treinta bocas de fuego vomitaron a la vez la metralla, y Alberto, colocado fuera del humo de las baterías, pudo ver los efectos de este granizo de hierro.

Los desgraciados fugitivos habían sido cogidos á la descubierta.

Grupos enteros caían al suelo como espigas segadas por una tromba.

Algunas veces un casco de metralla cogía el cuerpo de un soldado aislado y lo lanzaba al aire, enviándole á caer destrozado sobre sus camaradas.

Aquello no era ya un combate, era un destroz.

Los soldados de Ricard vinieron á completar la derrota.

Se les veía salir á pelotones de las casas reconquistadas y unir sus disparos á los espantosos cañonazos.

Y llegaron á avanzar de tal manera que la Artillería se vio obligada á suspender su fuego, temiendo arrasarse confundidos con los rusos.

—Tienen coraje esos peoncillos—decía Champoreau con sincera admiración—si esto sigue así todo el día, creo que no tendremos que hacer gran cosa.

—Pero mi capitán, yo creo que esto no ha acabado. ¡Mirad! Allí abajo se están rehaciendo.

—Es verdad—dijo el veterano dragón,

después de mirar atentamente—van á volver sobre nuestros conscriptos. ¡Vamos! decididamente estos rusos son más duros de pelar que los prusianos.

Alberto había visto bien.

Una espesa y profunda columna salía de dos granjas situadas más allá de Marchais, y se aprestaban á recobrar la aldea.

Los soldados del primer ataque, destrozados por el cañón, estaban todavía huyendo por la pendiente del Petit-Morin, cuando ya nuevos batallones llegaban del caserío del Epine-aux-Bois.

—Parece que cuando ya no hay nada hay más todavía—dijo Champoreau mordiendo el bigote—ahora me temo que nuestros conscriptos sean cogidos.

El capitán tenía razón.

Los soldados de Ricard, esparcidos por las huertas ó las casas, ó ya ocupados en perseguir á los fugitivos, no podían apercebirse de la tempestad que iba á caer sobre ellos de costado.

—Será necesario prevenirlos—murmuró Alberto.

—Creo que el coronel es de vuestro parecer—dijo Champoreau.

Efectivamente, el jefe que mandaba el 7.º de dragones, el mismo que el día anterior había recibido al tío Lecomte, había montado á caballo y se adelantaba hacia el escuadrón de Champoreau.

—Capitán—dijo en voz breve—enviad aviso al general Ricard de que los rusos avanzan con fuerzas sobre la carretera. Escoged un oficial y dos hombres bien montados.

—Subteniente Boissier, adelanté—dijo

Champoreau; números 1 y 3, salid de la fila—añadió después de haber mirado rápidamente la montura de estos jinetes.

Alberto había recogido en el momento su caballo, y preguntaba cándidamente:

—En dónde encontraré al general?

—No tan alto ¡pardiez! ¿Queréis que os oiga el coronel? ¿Acaso se hacen esas preguntas? Buscad al general.

—Bien, mi capitán—dijo Alberto metiendo espuelas.

—Debe estar en la carretera, á la izquierda—dijo en voz baja Champoreau, que gustaba reñir á su discípulo, pero que quería también verle salir airoso de su misión.

El subteniente partió al galope, seguido por los dos dragones, y llegó bien pronto á las primeras casas de Marchais.

Los conscriptos volvían á entrar en la aldea, después de haber perseguido á los rusos hasta el arroyo.

Llegaban sofocados, pero animosos y alegres, sentándose en el umbral de las puertas charlando acerca de la jugareta que acababan de hacer tan ligeramente.

Alberto los vió bastante animados, y siguió su marcha hasta la carretera.

Bien pronto encontró al general Ricard detenido cerca de la tapia de un jardín, dando órdenes á los oficiales de su Estado Mayor.

—Mi general—gritó Alberto, olvidándose de llevar la mano al casco—el coronel me envía para deciros que vienen los rusos.

—Lo sé, señor, y me preparo á recibirlos—dijo el general, mirando con algún asombro al joven oficial que se expresaba de una manera tan poco militar.

Alberto comprendió perfectamente que su misión había terminado, y que habría podido volverse al 7.º de dragones, pero la curiosidad le dejó clavado en el sitio.

Lo que pasaba á su alrededor era bastante para asombrar á un subteniente llegado al ejército hacía quince días.

En muy pocos minutos habían vuelto á ocupar sus puestos los diseminados soldados.

La calle quedó cerrada por un regimiento que vino á situarse enérgicamente en batalla á veinte pasos delante del Estado Mayor.

Las ventanas de las casas se poblaron de tiradores que podían disparar por encima de las cabezas de sus compañeros.

Podía venir el enemigo. La división Ricard estaba preparada para recibirlos.

La cabeza de la columna rusa aparecía ya á la entrada del poblado.

Se la dejó acercar hasta cincuenta pasos.

—¡Adelante!

A este grito lanzado en toda la línea francesa, seguido de una descarga general, los conscriptos se lanzaron sobre los rusos á la bayoneta.

Alberto había tenido tiempo para leer sobre los chacós el número del regimiento, que era el 9.º ligero, y dar un recuerdo al tamborillo.

Pero en aquel momento no se hacía sentir la ausencia de Cognac, porque la carga se había dado con un conjunto y energía increíbles.

(Continuado.)

